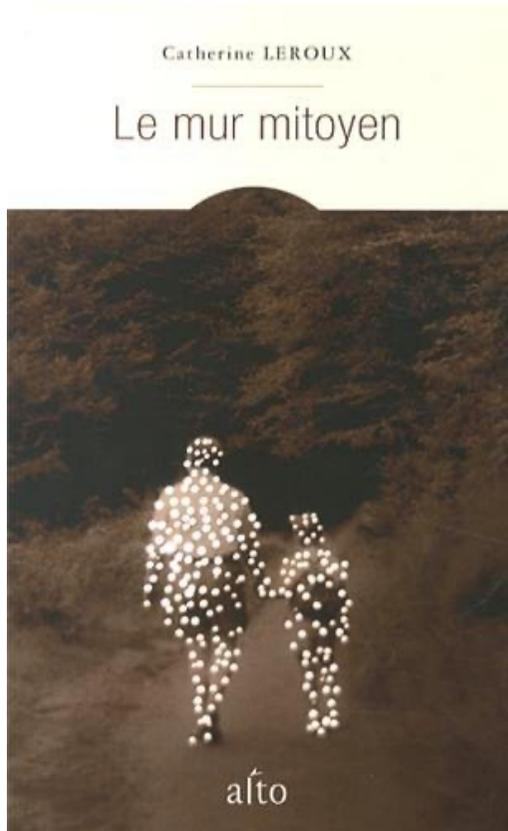


Le mur mitoyen

Catherine Leroux



Editorial: Alto (Quebec), 2014 **Páginas:** 328

Idioma: francés

Derechos vendidos: Francia (Denoël), Canadá inglés (Biblioasis), adaptación cine y televisión (La maison de prod)

Foreign Rights: Julián Nossa - BAM agence littéraire - julian@bamlitagency.com

Más de 7.500 ejemplares vendidos en Quebec

«Catherine Leroux vuelve a hacer gala de una escritura fuerte y penetrante.» — *Le Devoir*

Sinopsis

El día en que Édouard vuelve a casa de su madre enfermo del riñón y ambos se hacen pruebas para someterse a un trasplante, no solo descubrirán que no son compatibles: el ADN niega cualquier parentesco. Como si el parto en casa que tan bien recuerda Madeleine, el primer contacto piel con piel con su pequeño, nunca hubiera existido. Varias décadas después, Ariel y Marie son hermanos y están a punto de descubrirlo. Él es candidato a la presidencia de Canadá; ella, su esposa y futura primera dama. El país, sumido en una tensión social que va en aumento, está menos preparado que ellos mismos para asimilarlo. Renunciar a la política para apostar por su matrimonio no bastará para obtener la absolución de los más iracundos. En alguna parte del sur de Estados Unidos, treinta años antes, dos niñas colocan un centavo sobre la vía del tren cuando sorprenden a Eva Volant desnuda con un chico. Cruzar corriendo el puente del ferrocarril que une ambos lados del acantilado no es una buena idea, pero la vergüenza y el temor que les produce la escena les impide pensar con claridad. De nada servirán los gritos del hijo de Madeleine; está a punto de producirse lo irreparable. Catherine Leroux yergue entre sus personajes una delgada pared, como una brizna de imposibles, que tan pronto los separa como vuelve a unirlos, difuminando la frontera entre los secretos, la verdad y lo inaudito.

Premio France-Québec

Finalista Premio Giller

Finalista Gran Premio del libro de Montréal

Primera selección del Premio IMPAC Dublin

Primera selección del Premio de los

Libreros de Quebec.

«Pasas la vida temiéndote lo peor. Primero, la muerte súbita del recién nacido y todas las enfermedades congénitas que pueden declararse en los primeros días. Agitas los brazos, chasqueas los dedos para asegurarte de que ve, de que oye. Aguardas los primeros pasos, las primeras palabras. A cada nueva etapa, tachas de la lista el lote de minusvalías en las que no quieres pensar pero que llevas siempre clavadas como dardos en la mente.

Crece, y miras para otro lado cuando en la televisión salen esas imágenes de niños sin cabello pidiendo realizar un último deseo. Aprende a montar en bici, a subirse a los árboles, y rezas para que no se caiga. Se zambulle en las olas, y no apartas la vista de las gruesas burbujas de su estela. Sale a jugar lejos de casa y esperas que se acuerde de que no debe hablar con extraños, de no montarse nunca en ninguna camioneta de cristales tintados. Llega la adolescencia y temes que vuestras charlas sobre las drogas no hayan sido suficientes. Querrías seguirlo a escondidas para asegurarte de que no beba una gota de alcohol antes de coger el volante, de que siempre lleve preservativos encima, de que no salte de una roca demasiado alta para impresionar a las chicas. Luego, se hace hombre y ya no tienes opción. Has de dejarlo marchar. Y entonces es cuando ocurre. No tenía que haberme confiado.»

Sobre la autora



Photo : Audrey Wilhelmy

Catherine Leroux (Montréal, 1979), trabajó como periodista hasta la publicación de su primera novela, *La marche en forêt*, en 2011, que fue finalista al Premio de los Libreros de Quebec. Su segunda novela, *Le mur mitoyen*, recibió el Premio France-Québec, y su traducción inglesa quedó entre los finalistas al prestigioso Premio Giller. En 2015, ganó el Premio Adrienne-Choquette con *Madame Victoria*. Su traducción de *Do Not Say We Have Nothing*, de Madeleine Thien, fue galardonada con el premio del Gouverneur Général. Desde enero de 2020, es también editora en Alto. Su próxima novela, *L'avenir*, está programada para septiembre de este año.

Lo que dice la crítica

«Una novela sorprendente, cuidadosamente estructurada, con ecos de David Mitchell para el lector inglés.» –

The Globe and Mail

«Una combinación embriagadora de lo familiar y lo insólito ejecutada con maestría [...]. Posee la fuerza narrativa de una película de Hollywood, pero con un retrato espléndidamente elaborado de la vida interior de los personajes.» –

Montreal Review of Books

«Leroux revela con habilidad el discurso interno de sus terriblemente humanos personajes y los complejos vínculos que los conectan. Las imágenes de este hermoso y conmovedor libro perseguirán a sus lectores.» –

Publishers Weekly

«Es el mejor libro que he leído este año. Me gustaría añadir que el verdadero tesoro que esconde esta novela es la huella que deja para siempre en nosotros. No es de esos libros que se borran de la memoria, sino de los que hacen tambalearse nuestras convicciones más íntimas. [...] Más que una gran novela, es un nuevo despertar.» –

Le libraire

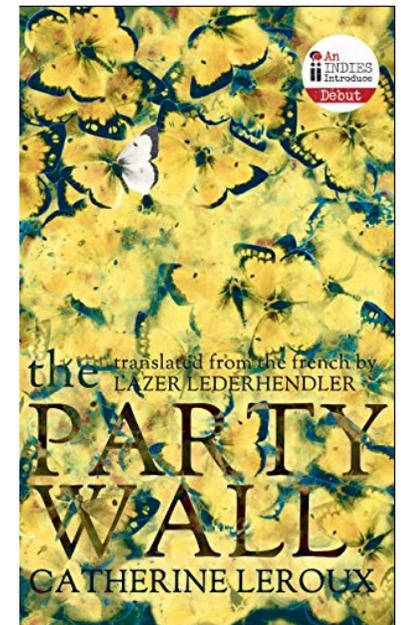
«Justa, intrigante, conmovedora y llevada con mucha habilidad. Una tela de araña que se extiende y de la que es imposible escapar. Unos personajes convincentes, golpeados por una fatalidad que los supera y terminará quebrándolos. Qué más decir salvo que *Le mur mitoyen* es una novela particularmente fascinante. [...] De una fineza fuera de lo común y una narración brillante que confirma el talento que la escritora desplegaba en *La marche en forêt*.» –

«La preciosa musicalidad de la escritura de Catherine Leroux, tan precisa, sensual y delicada, ha hecho de este un libro conmovedor y mágico.» –

La librairie francophone

«Esta obra sublime explora las fallas, los deseos y la complejidad de las personas, los lazos que las unen, lo que las aleja y lo que las separa. De esta novela abundante, mágica y tierna emana una gran belleza.» –

Les libraires



«—¿Quién más lo sabe?

—Nadie.

—¿Las personas a las que contactaste para dar con las pistas?

—Son dos agencias distintas. La tuya, ya lo sabes, se dedicaba exclusivamente a las adopciones de niños judíos, o supuestamente judíos. La mía la gestionaban cristianos reformistas y operaba en la totalidad del continente. Nadie cruzará los datos.

—¿Y el gobierno? Tienen dossieres, archivos...

—Seguro. Pero tendría que haber alguien que hiciera una búsqueda muy precisa para llegar a rastrear la conexión.

—Lo que muy probablemente ocurra a lo largo de los cuatro años de mi mandato.

—No sé qué decirte. Yo...

—No te disculpes, Marie, nos habríamos enterado tarde o temprano.

La conversación se deshace para transformarse en sollozos. De todas formas, las palabras ya no valen nada. Prohibido insistir en el amor, imposible fingir frialdad. Impensable articular la aversión que les produce. Se han llamado por teléfono a diario desde la noche del 24 de diciembre en la que Ariel regresó a Ottawa a primera hora de la mañana. Al principio, para quedarse en silencio, para escuchar al otro respirar, acostumbrarse a lo que implica esta vertiginosa simetría. Luego, entre líneas, han tratado de abordar los siguientes pasos. La separación de hecho; el matrimonio de apariencias. Más adelante, la comunicación pública. Van a esperar unas semanas. Primero necesitan asimilarlo ellos mismos. Hasta entonces, todavía podrán aferrarse al velo de la ilusión cuando el pánico los tome por asalto: no ha pasado nada, siguen estando casados.

Marie pide la baja médica. Erra durante semanas en la estela de Crápula, que incluso en invierno encuentra el modo de llevarle carcasas sanguinolentas de las que ella no tiene fuerzas para desembarazarse. Duerme, llora y adelgaza, postrada delante de una pantalla que, al igual que el gato, logra exponerla cada día a la hecatombe del mundo exterior. La nieve ha sepultado el sureste del país; en Toronto, ha alcanzado la primera planta de los edificios. Han muerto ocho personas asfixiadas. Los helicópteros del ejército sobrevuelan sin descanso la zona para localizar a los habitantes en dificultades y, a pesar de ello, dos o tres víctimas desaparecen a diario, engullidas por el invierno. En el oeste, las manifestaciones de los cristianos fundamentalistas paralizan las ciudades. Con la ayuda de cruces rutilantes, los manifestantes rompen los escaparates de los comercios y los parabrisas de los coches. Se oponen al regreso de las clases de biología al programa de secundaria, una promesa electoral que Ariel acaba de cumplir. En cada franja de treinta segundos, Marie tiene la impresión verlo. Imagina las decisiones que debe tomar, sus dudas, sus manos sudorosas a las once de la noche y las magníficas arrugas que le estrañan la frente en los momentos de conflicto. A veces incluso llega a aconsejarle, como si lo tuviera delante

exponiéndole sus problemas. No están hechos para vivir el uno sin el otro. Esa es la terrible conclusión que saca del descubrimiento de sus orígenes.

Por su parte, Ariel ha dejado de dormir. Los monstruos habitan sus noches, unos pájaros prehistóricos que le devoran el hígado. Para escapar de ellos, se sumerge en el trabajo siguiendo de cerca las operaciones de salvamento de Toronto. Todos los días se dirige a los manifestantes evangelistas. Prepara la reanudación del año parlamentario con tenacidad e insiste en seguir la evolución de cada cartera ministerial. Hace demasiado, pero todos lo atribuyen al ahínco propio de los comienzos. Nadie sospecha que el exceso de trabajo de un jefe de Estado pueda esconder una catástrofe personal. Una semana antes del comienzo del año, un estallido de violencia en Quebec obliga a celebrar una reunión de emergencia. Están quemando coches en la metrópolis. El esquema es el mismo de siempre: los jóvenes en paro de las distintas regiones se ensañan con las instituciones no francófonas de Montreal. Las organizaciones neolegalistas responden a los atentados con amenazas del mismo alcance. En las calles, los enfrentamientos se multiplican. El gabinete laborista bulle de buenas ideas para calmar el ambiente.

—Creo que se impone una gira por Quebec, Goldstein.

—Es hora de iniciar una operación de seducción junto a su querida esposa para apagar las antorchas de nuestros paletos encolerizados de siempre.

—Llamándolos así, seguro que los seducimos —replica Ariel.

—¿Podría comenzar por la región natal de Marie para demostrar que también es, por matrimonio, un chico del lugar?

—¡Lo que sería todavía mejor son unas fotos con su familia política! ¡No hay nada como confraternizar con el separatismo para calmar a los perros rabiosos!

—Seguro que a los Leclerc les encanta la idea.

Los consejeros no se percatan del sarcasmo en las respuestas poco convencidas de Ariel y se marchan satisfechos por la colaboración de su jefe. Una vez se cierra la puerta del despacho, Ariel se derrumba. Marc no se lo esperaba.

—¡Pero bueno! ¡Ya sabías que Quebec sería un asunto delicado!

Ariel niega con la cabeza.

—Tengo algo que decirte. Necesito tu ayuda y tu discreción absoluta. Podríamos perderlo todo.»

«Una última ráfaga proyecta un resto de hollín sobre la cara de las niñas y, de repente, el horizonte aparece de nuevo.

—¡Treinta y nueve! ¡Treinta y nueve vagones! —exclama Monette con la misma voz entusiasmada que ha mantenido sin flaquear durante el paso del tren.

Angie no responde. No ha estado contando. Se prepara para afrontar lo que cree haber visto a través de los fugaces huecos entre los vagones. Desviando la atención de Monette hacia la nube de mariposas levantada por el convoy, descubre lo que este le escondía. A unos metros de ellas, dos seres medio desnudos se frotan el uno con el otro. El hombre es grande, bronceado excepto en las nalgas, que van y vienen contra la chica, a la que tiene apoyada contra un árbol. Una larga trenza delgada fustiga su camiseta sucia a cada movimiento. Una cola de rata, que diría Mam con asco.

Parece que no se ha percatado de Angie y de Monette, porque gruñe. «Túmbate, que me canso». La chica se acuesta dócilmente en la hierba, que Angie adivina sembrada de rocas y de trampas. Su cuerpo es menudo, muy pálido y tejido de óvalos delicados. Hasta que no vuelve el rostro hermético hacia las dos pequeñas, Angie no la reconoce. Es Eva Volant, una chica de secundaria que vive cerca de su casa. Sus miradas se cruzan y Eva parece electrificarse. Murmura algo al oído del hombre.

Como si se hubiera producido una detonación, este salta sobre sus pies y se pone el pantalón deprisa y corriendo. Angie coge a Monette por el brazo y la arrastra por la vía del tren.

—¡Nos hemos dejado el centavo!

—No pasa nada, ¡date prisa!

Tras ellas, oyen a Eva.

—No te preocupes, ¡las conozco! ¡No dirán nada!

Monette salta de una traviesa a otra con una margarita en la mano. El sol se ha plantado encima de sus cabezas. Desde las pequeñas casas adyacentes a la vía, les llegan efluvios del almuerzo. Angie aprieta el paso. Atrás, Eva suplica al hombre que no se vaya. Angie no se vuelve.

El viento se levanta cuando alcanzan el puente. Un olor a macroalgas y a raspas de pescado les irrita la nariz.

—¡Es peligroso! —objeta Monette.

—Anda ya, el tren acaba de pasar. Ven, rápido.

Monette se aferra a la mano de su hermana mayor para adentrarse por la estructura vertiginosa que franquea el precipicio. A través de la vía se ve todo lo que ocurre debajo, el movimiento de las aguas fangosas, el remolino de abejas extraviadas, las pieles de las culebras desplegadas sobre las piedras. Clavando la mirada en el vacío bajo sus pies, la pequeña avanza con valentía. Angie ya no oye a Eva ni al hombre de la cola de rata.

Se da cuenta de su error una vez en medio del puente. El viento le escondió el estruendo, y las ganas de salir huyendo no la dejaron pensar. Excluyó la probabilidad de que dos trenes pasen en el mismo cuarto de hora, como si obedeciera a una imposibilidad matemática. Un grave error de juicio. Se vuelve; todavía no se ve la locomotora. Pero la vibración que asciende desde los raíles y les sube por las piernas indica que es solo cuestión de segundos.

—Monette, hay que correr.

La pequeña clava una mirada aterrorizada en los ojos de su hermana mayor. No le han dado jamás una directiva tan absurda. ¿Correr, ahora, suspendidas encima del vacío? Es imposible, Angie lo ve en el rostro de su hermana. El silbido del tren retumba ya tras ellas. Monette está paralizada. Sin perder un segundo, Angie la levanta del suelo y echa a andar sorteando las traviesas torpemente, incapaz de acelerar el paso como quisiera. En la cabeza calcula el riesgo a una velocidad desenfrenada. Sopesa un instante la opción de tirarse al río con Monette, pero las rocas que despuntan fuera del agua la disuaden. Colgarse de la balastrada está por encima de las fuerzas de la pequeña, y es demasiado tarde para considerar alcanzar el otro extremo del puente a tiempo. El tren está tan cerca que siente su aliento en la espalda. Sigue huyendo a duras penas entre los pitidos y los chirridos atroces de la máquina, que nada puede detener. Las lágrimas asoman a los ojos de Angie. Van a morir.

Y entonces, aparece la solución. Delante de ellas, el guardarraíl forma un saliente, una especie de balcón cuyo suelo es una viga, justo lo suficientemente grande para que un hombre quepa de pie. En un par de ágiles movimientos, últimas bondades de su cuerpo de niña, Angie se precipita hacia el saliente y, a duras penas, encaja a Monette de pie contra la balastrada tirándose bocabajo sobre el madero, con las manos firmemente ancladas al tronco de su hermana pequeña para que no se vaya a caer. Un segundo más tarde, la locomotora pasa. Monette grita como si le estuvieran arrancando un miembro. Hasta que no ve los chorros de sangre proyectándose sobre la ropa color pastel y la carita pepona, Angie no comprende que varias toneladas de hierro están pasándole por las piernas. Un inmenso calor le atraviesa el cuerpo.»